

Memoria, bibliotecas y humanidades digitales

Caminos a futuro

Edgardo Civallero

Conferencia de cierre del *XXI Congreso Internacional de Bibliotecología* organizado por el Colegio de Bibliotecarios de Chile. Valparaíso, Chile, 19-20 de octubre de 2017.

Todo está guardado en la memoria / sueño de la vida y de la historia.
León Gieco. *La memoria*. En "Bandidos rurales" (2001).

Parte 1. La memoria colectiva

La memoria colectiva es la suma de los recuerdos de un conjunto de individuos (*vid.* Halbwachs, 2004; Nora, 1978). Un conjunto cuyo tamaño puede oscilar entre el grupo —una familia, por ejemplo— y la especie humana, pasando por comunidades, sociedades, naciones y civilizaciones.

Los recuerdos contenidos en la memoria colectiva son el reflejo de todo lo vivido, todo lo pensado, todo lo imaginado, todo lo soñado por todos los humanos que en el mundo han sido. Recuerdos vívidos y reales, o mitificados y absolutamente deformados por el paso del tiempo... Cientos de miles de millones de visiones, creencias y perspectivas en miles de lenguas distintas, algunas desaparecidas hace siglos, construyendo la realidad como si fuese un mosaico de infinitas teselas, o un cuadro puntillista que necesitara de las manos de todos los artistas disponibles para dar, cada uno, una única, mínima pincelada.

La memoria colectiva es el depósito de todos los saberes, de todo lo aprendido y descubierto, de todo lo conocido. Es el archivo de todo lo ocurrido, de todo lo hecho, tal y como los protagonistas de esas ocurrencias y esos hechos lo vivieron, lo percibieron y decidieron contar y recordarlo. A veces fue escrita, otras veces fue transmitida mediante palabras habladas o cantadas. Y a veces, las más, no se transmitió y se desvaneció con sus creadores.

De esa memoria colectiva, del acervo de todos los recuerdos de nuestra especie, hemos sido capaces de conservar un mero fragmento. Ínfimo. Irrisorio casi. Conservar tal fragmento nos ha costado un esfuerzo inimaginable: a veces nos hemos visto forzados a sujetar entre nuestras manos migajas que parecían condenadas a desaparecer para siempre, y otras hemos debido rescatarlas de las fauces del olvido, siempre tan proclive a devorar todo aquello que encuentra a su paso.

La mayor parte de la memoria humana se perdió, y un buen porcentaje de la conservada fue destruida a lo largo del tiempo, bien accidentalmente, bien debido a un deliberado (y generalmente exitoso) intento de memoricidio. Hemos llegado a nuestros días con retazos de lo que fue, de lo que supimos, de lo que hicimos... En base a esos retazos tejemos esa serie de conjeturas —más o menos cercanas a la realidad— que llamamos "historia", y construimos ese inestable edificio que conocemos como "identidad".

Nuestra identidad como humanos, como especie, está basada precisamente en nuestros recuerdos (*vid.* Eco, 1999, 2002; Wiesel, 2002). O en lo que creemos, queremos o preferimos recordar. Lo mismo ocurre con nuestra identidad como varones o mujeres, como habitantes de un país o de cierto lugar, como personas de piel más clara o más oscura... La memoria —las experiencias compartidas a lo largo del tiempo— nos hace quienes somos (*vid.* Assmann, 1988; De Zan, 2008; Mendoza, 2009; Souroujon, 2011).

El proceso de producción de memoria no se detiene: es constante. Mientras haya seres humanos seguirá creándose memoria colectiva: mucha desaparecerá, y un par de piezas —las que se consideren más importantes, o simplemente las que logren sobrevivir— serán conservadas. La memoria no es, pues, algo lejano: la niñez de nuestros padres, y nuestra propia niñez, ya son parte de la memoria de nuestro grupo, e incluso de la de nuestra sociedad. Lo que sea que haya sucedido la semana pasada, o el día de ayer, o hace cinco minutos, lo es también.

Son todos los pequeños hilos que componen nuestro tapiz; las briznas de hierba que forman la pradera casi infinita que somos nosotros y nuestros conocimientos. Un conglomerado rico, denso, cambiante, plural en todos los sentidos y por sobre todas las cosas. Un bien único.

La memoria colectiva es patrimonio de toda la humanidad (*vid.* Taylor, 1982-83). Un patrimonio intangible, en cuanto no se puede tocar. Tal intangibilidad hace que ese patrimonio sea mucho más difícil de identificar, de recuperar y de conservar. Preservar algo etéreo para evitar su desaparición implica fijarlo a un soporte y convertirlo en un

bien tangible, o fomentar las condiciones para que esas memorias, esos recuerdos, esos saberes sigan siendo repetidos, reproducidos y perpetuados. O ambas a la vez.

Actualmente existe una nutrida serie de recomendaciones internacionales que cubren buena parte, sino todos, los aspectos de ese patrimonio: resaltan su valor y su importancia, hacen hincapié en su diversidad (reflejo fiel de la propia diversidad humana), señalan algunas de las amenazas que sufre y de los problemas que padece, y sugieren posibles soluciones a corto, medio y largo plazo. Cabe destacar, entre todas ellas, las de la UNESCO: la Convención sobre la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural (1972), la Declaración de México sobre las Políticas Culturales (1982), la Recomendación para la Salvaguardia de la Cultura Tradicional y Popular (1989), la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial (2003), o la Convención sobre la Protección y Promoción de la Diversidad de las Expresiones Culturales (2005).

Las soluciones indicadas por esas recomendaciones y declaraciones conllevan una seria inversión de recursos, tanto humanos como económicos. Recursos que solo unos pocos quieren o pueden derivar hacia esos fines y esos objetivos. De modo que hoy, como ayer, buena parte de la memoria colectiva humana continúa deteriorándose y, eventualmente, perdiéndose.

Esa es la razón por la que organizaciones como la UNESCO no dejan de insistir en la importancia y la necesidad de proteger el patrimonio intangible y de establecer programas con acciones concretas. En los últimos tiempos se ha intentado encuadrar esas acciones de protección de la cultura y la memoria dentro de los 17 Objetivos de Desarrollo Sustentable contenidos en la muy mentada Agenda 2030 de la ONU. Y se lo ha intentado a pesar de que dichos objetivos no mencionen explícitamente, en ningún caso, la memoria o la identidad. No obstante, es evidente que cualquier acción vinculada al desarrollo sustentable (y, concretamente, las del objetivo 4, relacionado con la educación) requiere de la cultura y de todas sus expresiones, así como de las instituciones que trabajan en su mantenimiento.

Parte 2. Gestionando la memoria

Una de las funciones centrales de las instituciones de conservación de la memoria ha sido, como su nombre bien indica, ocuparse de recolectar, organizar y proteger nuestro patrimonio intangible. Una cuestión de posibilidades y economía de recursos las ha

llevado, evidentemente, a ocuparse de su memoria más cercana: la de su país, su ciudad o su comunidad.

A esa función de conservación se le suman otras de acceso y de divulgación. Pues el conocimiento, cuando es encerrado en cajas o entre cuatro paredes, termina marchitándose: convirtiéndose en una inútil colección de palabras, o de imágenes, o de sonidos desvaídos y cenicientos. Algo absolutamente estéril y, por ello, totalmente desperdiciado. Y, sobre todo, un conocimiento alejado de su función original: abrir puertas, trazar caminos, provocar el interés y la curiosidad, y sembrar las simientes que permitirán que los saberes se reproduzcan una y otra vez, generación tras generación.

A pesar de la necesidad de garantizar tanto el acceso como la divulgación de la memoria que preservan —necesidad recalcada en las recomendaciones internacionales antes citadas—, son numerosas las instituciones que, aún hoy, e imitando a sus predecesoras de hace un par de siglos, siguen comportándose como cancerberos del patrimonio que cobijan, aislándolo de su entorno y de sus potenciales usuarios en un innecesario exceso de celo protector.

Sea como fuere, del proceso de recolección y organización de memoria surgen, entre otras, las llamadas "colecciones patrimoniales" (*vid.* Varela Orol, 2014). Se trata de conjuntos de documentos —entendidos como cualquier medio o soporte que permita la codificación y transmisión de una determinada información— que contienen fragmentos de la memoria colectiva de un grupo humano determinado: su historia, su cultura, su arte, sus vivencias cotidianas...

Es preciso notar que, en el caso de las bibliotecas, las colecciones suelen estar basadas en el modelo estándar dominante: uno que da un lugar preferencial a la palabra escrita y a la fuente autorizada. Esto implica que las voces recogidas en tales colecciones (incluyendo las patrimoniales) suelen ser, en líneas generales, las de aquellos que han podido escribir y publicar lo escrito, y cuyas palabras han sido consideradas como "apropiadas" para ser preservadas. La mayoría de las veces, esto se traduce, lamentablemente, en el triunfo de la visión de un determinado sector —con un origen étnico, un género, una posición socio-económica y política, unas creencias, un estatus, etc.— y en el abandono del resto de las visiones, que suelen obtener una representación testimonial, o simplemente silencio y olvido.

A esto hay que agregar el colonialismo socio-cultural implícito en buena parte de las bibliotecas de aquellos países que han sido antiguas colonias de las potencias

imperialistas europeas. Bibliotecas que, aún hoy, siguen respetando políticas de gestión de la memoria que se miran en la antigua metrópoli y dan escasa importancia a las culturas e historias nativas y locales.

Dado que es físicamente imposible rescatar toda la memoria, es preciso establecer políticas o lineamientos que den prioridad a la salvaguardia y la preservación de determinados elementos. Y es en el diseño de esos lineamientos cuando los sesgos señalados anteriormente —el colonialismo, la prevalencia de determinados sectores sociales, la invisibilización de otros— cobra total relevancia. De esos lineamientos depende qué memorias se conservarán para el futuro y cuáles no. Los sesgos no harán otra cosa que perpetuar la voz y el modelo dominante, y terminar de borrar del mapa al indígena, al campesino, al pobre, a la mujer, al rebelde, al anciano, al enfermo o al opositor. Todos ellos, parte también de nuestra memoria, nuestra identidad y nuestra cultura.

Quizás mucho más "parte" y mucho más cercanos a nosotros que cualquiera de los fragmentos que se pretenden guardar, o de los que ya componen la "historia oficial".

Parte 3. Memorias y bibliotecas

Como institución gestora de memorias, la biblioteca juega el rol de guardiana de una parte de los saberes y las historias de su comunidad.

Dicho rol la obliga a garantizar que la memoria colectiva que maneja sea accesible, a sabiendas de que su uso conlleva la posibilidad de un cambio, de un descubrimiento, de una mejora en su comunidad... Tiene, pues, la responsabilidad de que esos documentos —patrimonio y bien común de la sociedad a la que pertenecen— sean útiles, es decir, que cumplan un fin. Caso contrario, la propia existencia de la institución y de sus contenidos pierde buena parte de su sentido: una de las misiones esenciales de cualquier biblioteca es la circulación del conocimiento que alberga y organiza.

Como parte de ese acervo recolectado y manejado por las bibliotecas, las colecciones patrimoniales pueden ser utilizadas para reforzar y cimentar identidades, especialmente las de grupos sociales invisibilizados, olvidados, marginados o atacados; para desempolvar o refrescar historias, sobre todo esas "historias pequeñas" que suelen pasar desapercibidas desde la perspectiva "macro" pero que resultan esenciales para entender de manera integral el desarrollo de una comunidad o el de una región; para

facilitar conexiones entre hechos y datos que parecían no estar vinculados, pero que a la postre resultan estarlo gracias a los elementos aportados por un manuscrito o por una grabación en carrete; para fomentar discusiones y debates, y establecer procesos de investigación y construcción de saberes; y un largo y muy variado "etcétera".

La biblioteca debe ser un espacio abierto para todos y de todos, y debe intentar reflejar la cultura de todos. Lo primero implica que el acceso a sus colecciones —incluyendo las patrimoniales— no debería estar reservado a determinados grupos o estamentos (p.ej. los académicos); con los recaudos del caso, deberían desarrollarse programas y acciones que permitan a toda la ciudadanía acceder, consultar y revisar su memoria. Lo segundo conlleva un abordaje plural e integral de la memoria colectiva: decantarse por una sola visión o versión no hace más que convertir a la biblioteca en otra herramienta de presión y aculturación; cerrarse a un sector la desconecta de su misión última, y arranca del suelo muchas de las raíces que la nutren, o que podrían hacerlo.

Como gestora de unos contenidos únicos —será preciso recordar aquí que "la información es poder"— la biblioteca debe asumir el compromiso de su conservación y de su difusión. Servir de plataforma para ciertos discursos y ciertas memorias puede significar el empoderamiento de una comunidad entera —sociedades indígenas, por ejemplo— o la diferencia entre visibilidad e invisibilidad para un sector relegado, castigado o excluido. En estos casos suele hablarse de "darle voz a los sin voz", aunque la frase puede resultar decididamente arrogante: no hace falta darles voz a esos sectores, sino quitarles las mordazas.

La biblioteca posee las herramientas para hacer que todo esto sea posible. Unas herramientas, por cierto, cada día más potentes y diversas.

Parte 4. El rol de las TICs

Las nuevas TICs —tecnologías de la información y la comunicación— han aportado un buen número de herramientas a las instituciones de conservación de la memoria y a sus disciplinas asociadas: la bibliotecología, la archivística, la museología... Los dispositivos, lenguajes y técnicas provistos por la revolución digital han permitido recolectar información en distintos formatos, almacenarla de manera masiva en piezas de hardware significativamente pequeñas, analizarla y acceder a datos relevantes a una velocidad de vértigo, hacer que dé la vuelta al mundo en un par de minutos, y permitir

su acceso, su visualización y su reproducción a través de un amplio abanico de canales. Un escenario, el actual, que solo un puñado de visionarios soñaba hace tres décadas.

Todo avance, sin embargo, tiene sus costes, y todas las luces, sus sombras. El entusiasmo contemporáneo ante tecnologías que parecen ser capaces de todo no debe anular nuestro pensamiento crítico, ni menoscabar nuestro juicio reposado. Las TICs presentan numerosos inconvenientes: desde su obsolescencia programada hasta su coste ecológico, pasando por problemas de privacidad o de sostenibilidad tecnológica. Al mismo tiempo, no son —ni deberían ser consideradas como— la panacea a todos los problemas, ni un fin en sí mismas: son simples herramientas (avanzadas, increíbles a veces, pero herramientas, al fin y al cabo) que son empleadas por seres humanos para realizar una labor que permita alcanzar unas metas determinadas. No deberían sustituir ni a los humanos ni a su capacidad para razonar: caso contrario, no seríamos más que una tropa de esclavos de las máquinas (*vid.* Civallero, 2012; 2016).

Sin embargo, empleadas con juicio y sentido crítico, y tras evaluaciones previas que aseguren que su uso es necesario, las nuevas herramientas —como todas sus antecesoras— son de gran ayuda; en el caso puntual que nos ocupa, para recuperar la memoria colectiva y gestionar colecciones patrimoniales. La digitalización de fondos y la creación de libros digitales ha permitido la recuperación y la divulgación de colecciones patrimoniales enteras. Las herramientas de análisis de texto han logrado que esos mismos documentos puedan ser interrogados por investigadores y curiosos, a la búsqueda de datos. Las bases virtuales facilitan que los volúmenes digitales puedan describirse a través de una rica serie de metadatos y se vinculen a otros documentos, por ejemplo, audiovisuales, algo esencial, entre otros casos, a la hora de organizar tradición oral. Las redes sociales y plataformas colaborativas permiten el trabajo de varios miembros de un equipo sobre una serie de documentos, su autenticación mediante la comparación con fuentes similares en otras partes del mundo, y la producción de trabajos de investigación multidisciplinares e internacionales.

Uno de los núcleos centrales de la revolución digital es, sin lugar a dudas, Internet: la red de redes. Más allá de proporcionar un complejo y rico entramado de autopistas virtuales y de espacios de almacenamiento y visualización de contenidos, Internet se ha convertido en una comunidad de usuarios. Un espacio para el intercambio, el diálogo y el aprendizaje.

Y esa comunidad ha desarrollado una cultura propia. O un conjunto variopinto de culturas con unos valores comunes.

El conocimiento y el acceso abiertos, la interconexión o *networking*, la construcción comunitaria de contenidos, los *commons*... Todos ellos son elementos que nacieron fuera de la Red pero que han encontrado en ella el perfecto caldo de cultivo para crecer, prosperar, cambiar, evolucionar, mejorar, corregirse y reformularse. Movimientos enteros —desde el *open source* y el *self-archiving* al infoactivismo— nacieron y crecieron al calor de estos valores.

Como era de esperar, en algún momento entrarían en contacto —y en conflicto— con algunos aspectos de la realidad *extranet*. De ese encuentro nacieron, entre otras, las humanidades digitales: una corriente de pensamiento y acción que, de un tiempo a esta parte, se ha convertido en el marco desde el que se gesta el futuro de la conservación de la memoria.

Parte 5. Humanidades digitales

Las humanidades digitales son el producto del encuentro entre las disciplinas académicas conocidas como "humanidades" y la cultura digital: la de las comunidades que habitan la red de redes (*vid.* Burdick *et al.*, 2012; Schreibman *et al.*, 2004; Terras *et al.*, 2013).

El encuentro no estuvo libre de roces disimulados o de abiertos enfrentamientos. El universo académico representa varios siglos de metódico trabajo científico, y es el máximo exponente de valores como el análisis crítico o la honestidad intelectual. Pero también es el representante de un puñado de elementos negativos que llevan enquistados en el seno de las disciplinas académicas prácticamente desde sus orígenes: el individualismo, la competitividad, el gusto por loas y honores, la honra a los héroes y sus carreras, la publicación como fin exclusivo de cualquier trabajo de investigación, las estructuras jerárquicas, la desconexión de la realidad y las "torres de marfil", el respeto por la autoridad y las "vacas sagradas"... Muchos de estos quistes han sobrevivido y se han reproducido a pesar de contravenir los propios principios del pensamiento científico.

Las disciplinas dedicadas a la conservación de la memoria no se han visto libres de semejantes plagas. Aunque, afortunadamente, tampoco han faltado un puñado de voces críticas que se dedicaran a identificar los problemas y a denunciarlos.

La cultura digital trabaja desde marcos menos rígidos y jerárquicos, mucho más flexibles y adaptables. La carrera por los honores no suele ser el motor que motiva el trabajo; lo es, más bien, la curiosidad. La competitividad no predomina en las labores en equipo: suele haber un fuerte componente colaborativo, de interacción y crecimiento, de aprendizaje y debate. Los ambientes no suelen ser monotemáticos (como ocurre en la Academia, en donde lo multidisciplinar es la excepción) sino totalmente diversos, plurales, variados.

Los humanistas digitales aprovechan lo mejor de los dos mundos: la solidez de las disciplinas académicas y sus métodos de construcción de conocimientos, y la flexibilidad del universo virtual. Con esas herramientas se enfrentan a problemas, preguntas y dudas y buscan soluciones innovadoras: soluciones que, tomando lo que se tiene a mano, lo utilicen de forma diferente a como se lo ha usado hasta el momento. Es decir, de una forma nueva.

Las humanidades digitales tienen un fuerte componente de rebeldía y de inconformismo. Pues solo desde el inconformismo es posible no aceptar el valor de las reglas y las normas sociales y académicas actuales y buscar otros horizontes posibles; y solo desde la rebeldía es posible disputar y desafiar los postulados del *statu quo* moderno, y construir nuevos caminos. Caminos que siempre se hacen al andarlos.

Tienen también algo de pioneros: de hecho, un innovador muchas veces es el primero en hacer algo de una determinada manera o en explorar un territorio (virtual o real) hasta entonces pobremente cartografiado o directamente desconocido. Y es un tanto travieso e improvisador: mezcla aquí, quita allá, agrega acullá, siempre intentando, fallando las más de las veces y volviendo a intentar hasta dar con una solución plausible de ser aplicada. Solución que suele hallarse en equipo, y tras docenas de sesiones de *brainstorming* en algún foro alojado en algún ignoto rincón de la red de redes.

Parte 6. Caminos a futuro

Las humanidades digitales se están convirtiendo en el nuevo marco de trabajo de las ciencias sociales y humanas en general, y de las disciplinas de la conservación de la memoria en particular.

Aportarán nuevas formas de recuperación de la memoria colectiva. Formas en la que participen desde profesionales a humanistas *amateur*, y desde organizaciones

académicas a la propia sociedad civil. Aprovecharán para ello el video de sus teléfonos o el audio de programas radiales, o señales piratas de TV, o de-grabaciones de viejas conversaciones realizadas y corregidas por comunidades virtuales de editores. Las comunidades indígenas grabando sus lenguas en video y difundiéndolos en YouTube mediante proyectos como Global Voices son un ejemplo de cómo funciona este tipo de mecanismo.

Aportarán nuevas formas de almacenar esas memorias, y nuevas colecciones, que probablemente no estarán centralizadas, sino distribuidas, y tendrán numerosos formatos y variados contenidos, todos ellos organizados mediante todo tipo de etiquetas en lenguajes naturales y controlados.

Aportarán nuevos métodos de análisis documental y nuevos medios de distribución y visualización, gracias a programas de código abierto que puedan adaptarse a proyectos y objetivos concretos. Aportarán métodos de acceso libre y abierto al conocimiento; métodos no tan nuevos pero indispensables en estos tiempos que corren.

Aportarán, sobre todo, valores muy necesarios. Nuevas estrategias que propugnen el uso de las herramientas a mano para lograr unos objetivos concretos. Nuevas perspectivas y un acervo de experiencias valiosas, aplicables en el área de la memoria y su conservación.

Se encontrarán con problemas, por supuesto. Más allá de la resistencia de los propios círculos académicos y de las estructuras jerárquicas, contrarias a cualquier tipo de cambio que implique una renuncia a sus privilegios, encontrarán un universo digital cada vez más amenazado por legislaciones, cepos y cadenas que pretenden limitar sus libertades y cercenar sus posibilidades. Y, al mismo tiempo, se encontrarán con brechas digitales y tecnológicas difíciles de salvar en un mundo en donde otras brechas — económicas, sociales, políticas— se están profundizando todos los días.

Son muchos los retos. Tantos como incógnitas plantea el futuro. Afortunadamente, hay elementos disponibles con los que enfrenar los primeros y solventar las segundas.

Parte 7. Apuntes finales

La humanidad se enfrenta a una serie de desafíos globales, reflejados perfectamente en los objetivos y metas de la ya mencionada Agenda 2030 de Naciones Unidas. En un

mundo con cada vez menos recursos disponibles y una huella humana cada día más evidente, es preciso buscar caminos seguros a futuro, ya sea a través del desarrollo sustentable, del decrecimiento o de otras opciones válidas.

En un momento crítico como este es preciso que los seres humanos tengan acceso a toda la información relevante disponible. También a todos los fragmentos conservados de su memoria colectiva, y a la memoria que aún circula, viva, por sus calles y talleres, por sus cocinas y plazas.

Porque es preciso recordar.

Recordar quiénes somos, y de dónde venimos, y qué hemos hecho —bien o mal— y dejado de hacer para llegar hasta aquí, dónde estamos parados hoy. Recordar que hubo otras voces y otros caminos, recordar que otras realidades fueron posibles, recordar que hay (todavía) otras posibilidades y otras soluciones. Recordar también que hay ciertos senderos que no merecen ser transitados, y que toda acción tiene su consecuencia.

La gastada cita del uruguayo Eduardo Galeano, que señala que una sociedad sin pasado ni memoria difícilmente será capaz de imaginar su futuro, cobra, en este contexto, un sentido de trágica urgencia.

Las bibliotecas, los archivos y el resto de las instituciones de gestión de memorias —asuman la forma que asuman, se llamen como se llamen— tienen que estar atentas. Tienen que estar activas. Tienen que despojarse de muros y barreras y comprometerse con unas sociedades que necesitan información, ahora más que nunca. Información de calidad, no seleccionada por un autómata sino por una persona consciente del valor del bien que maneja y de la necesidad de la actividad que realiza.

Tienen que despojarse de prejuicios y estereotipos, de racismos y clasismos más o menos disimulados, de elitismos. Deben incluir en sus estantes la mayor cantidad y variedad posible de la memoria de su comunidad. Muchos de esos recuerdos serán útiles en los tiempos por venir. Y aunque no lo sean, son necesarios para construir sociedades plurales y saludables en donde todas las historias y todas las identidades tengan el mismo peso y la misma presencia.

Las nuevas herramientas y la cultura digital permitirán desarrollar determinados servicios con más flexibilidad, más libertad, más eficiencia, enriqueciéndolos en ocasiones. Es preciso tener estos elementos en cuenta, conocerlos en profundidad para

sacarles el mejor partido. Pero es igualmente necesario recordar que son herramientas. Y, como tales, son inservibles si nuestros ojos están cerrados, si no afilamos nuestras mentes, si no estrechamos nuestras manos, si no pensamos por nuestra cuenta y riesgo, y si no aprendemos de una vez lo necesaria que es la crítica, y el debate. Ninguna herramienta hará eso por nosotros. Porque ninguna está viva, ni tiene identidad, ni historia, ni raíces, ni memoria. Ninguna sufre, ninguna triunfa, ninguna ríe o llora. Eso es un rasgo humano. Eso es un rasgo nuestro.

Seamos humanos, pues. Hagamos el mejor uso de nuestras capacidades y de las herramientas que tenemos a nuestra disposición. Y, con ellas, protejamos nuestra memoria colectiva.

Al fin y al cabo, y tal y como están las cosas, es lo único realmente valioso que dejaremos en herencia a las generaciones venideras.

Referencias

Assmann, Jan (1988). Kollektives Gedächtnis und kulturelle Identität. En Assmann, J.; Hölscher, T. (eds.). *Kultur und Gedächtnis*. Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 9-19.

Burdick, Anne *et al.* (eds.) (2012). *Digital Humanities*. Cambridge (MA): The MIT Press.

Civallero, Edgardo (2012). *Contra la "virtud" de asentir está el "vicio" de pensar: Reflexiones desde una bibliotecología crítica*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/95.pdf>

Civallero, Edgardo (2016). *Un faro, un puerto: De bibliotecas, máquinas y pérdidas*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/145.pdf>

De Zan, Julio (2008). Memoria e identidad. *Tópicos. Revista de Filosofía de Santa Fe (Argentina)*, 16, pp. 41-67.

Eco, Umberto (1999). A todos los efectos. En Carrière, J. *et al.* (eds.) *El Fin de los Tiempos*. Barcelona: Anagrama, pp. 215-272.

Eco, Umberto (2002). Preámbulo ¿Sólo puede construirse el futuro sobre la memoria del pasado? En Barret-Ducrocq, F. (dir.) *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 183-186.

- Halbwachs, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Mendoza, Jorge (2009). El transcurrir de la memoria colectiva: La identidad. *Casa del Tiempo*, 2 (17), marzo, pp. 59-68.
- Nora, Pierre (1978). La mémoire collective. En Le Goff, J. (dir.). *La nouvelle histoire*. París: Retz-CEPL, p. 398.
- Moffett, M. W. (2013). Human identity and the evolution of societies. *Human Nature*, 24 (3), septiembre, pp. 219-267.
- Schreibman Susan *et al.* (eds.) (2004). *A Companion to Digital Humanities*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Souroujon, Gastón (2011). Reflexiones en torno a la relación entre memoria, identidad e imaginación. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 8 (17), septiembre-diciembre, pp. 233-257.
- Taylor, Hugh A. (1982-83). The Collective Memory: Archives and Libraries as heritage. *Archivaria*, 15, Winter, pp. 118-130.
- Terras, Melissa *et al.* (eds.) (2013). *Defining Digital Humanities. A Reader*. Surrey: Ashgate Publishing Ltd.
- Varela Orol, Concha (2014). Las colecciones patrimoniales en las bibliotecas españolas: dialéctica entre legislación y prácticas. *Revista Española de Documentación Científica*, 37 (3).
- Wiesel, Elie (2002). Prefacio. En Barret-Ducrocq, F. (dir.) *¿Por qué recordar?* Barcelona: Granica, pp. 11-13.